

DIETRICH VON HILDEBRAND:
UN CABALLERO PARA LA VERDAD *

ALICE VON HILDEBRAND

Los filósofos mismos son los causantes de su falta de popularidad en el mundo moderno, pues llevan la filosofía al descrédito.

Hace veinticuatro siglos PLATÓN se lamentaba del hecho de que los filósofos dieran mala reputación a la filosofía.

Verdaderamente hay muchos cargos que se pueden lanzar contra los filósofos (o peor, contra profesores de filosofía): obscuridad, abstracción, pasión de la complejidad por la complejidad misma, falsa profundidad, etc.

PLATÓN tenía razón; muchos filósofos han traicionado la filosofía. Se han enamorado de su propia inteligencia; han abandonado la sabiduría y han dado a sus lectores gato por liebre.

Puede haber hombres muy famosos, pero no por ello podrían llamarse «grandes pensadores».

* Principales obras de Dietrich von HILDEBRAND traducidas al castellano:

- *Un problema de estética: la belleza del paisaje y de la música*, Ciencia y Fe, n. 28, 1951, pp. 37-47.
- *Pureza y virginidad*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1952.
- *Nuestra transformación en Cristo*, Madrid, Rialp, 1952 (2 vols.).
- *Moral auténtica y sus falsificaciones*, Madrid, Guadarrama, 1960.
- *Ética cristiana*, Barcelona, Herder, 1962.
- *El matrimonio*, Madrid, Fax, 1965.
- *¿Qué es filosofía?*, Madrid, Razón y Fé, 1965.
- *Liturgia y personalidad*, Madrid, Fax, 1966.
- *Deformaciones y perversiones de la moral*, Madrid, Fax, 1967.
- *El caballo de Troya en la Ciudad de Dios*, Madrid, Fax, 1969.
- *La Encíclica «Humanae Vitae» signo de contradicción*, Madrid, Fax, 1969.
- *Santidad y virtud en el mundo*, Madrid, Rialp, 1972.
- *La verdadera educación cristiana*, Madrid, Palabra, 1972.

Gracias a Dios, no todos los filósofos son traidores a la sabiduría: de tiempo en tiempo Dios nos manda el gran regalo de un pensador cuya poderosa mente se pone de manera total al servicio de la verdad.

Ese fue el hombre de quien tengo el privilegio de llamar «mi esposo». Desde su juventud, pudo hacer suyas las palabras de Sócrates: «No me gusta nada que no sea verdad» (*Eutíphro*, n. 14).

Durante toda su vida fue celoso de la verdad. Y como ejemplo viviente, nos mostró que el verdadero filósofo ama la verdad, la persigue, la encuentra y la vive.

Nació en Florencia, Italia. Hijo de un famoso escultor, pasó la mayor parte de su juventud en esta ciudad, cuna de las bellas artes, rodeado así por la belleza. Era su casa una preciosa mansión italiana del siglo XVI, que anteriormente había sido un convento y que en el siglo XIX fue secularizada por Napoleón. El padre de mi esposo compró esta magnífica propiedad en 1873, y todos sus hijos nacieron en ella.

Los padres de mi esposo eran protestantes liberales; ambos tenían mucho talento; eran nobles, personalidades muy ricas, pero la religión no jugaba ningún papel importante en sus vidas.

El 11 de octubre de 1889, un joven llamó a la puerta de San Francisco, como aún se llamaba la casa, y se presentó como Richard Strauss; traía una carta de recomendación de Hermann Levi, el famoso director musical y amigo cercano de los von Hildebrand. Fue recibido calurosamente e inmediatamente comenzó a desarrollarse una discusión muy animada. Pudo haber durado toda la noche, si Irene von Hildebrand no hubiese tenido una excusa: estaba en cinta y le habían comenzado los primeros dolores que indicaban que el parto era inminente. A la mañana siguiente el pequeño Dietrich había nacido, y como vemos, bajo la égida de la música, que jugaría en su vida un papel definitivo.

Contra la ascendencia liberal, a la que ya me he referido, la siguiente historia adquiere una significación especial. Mi marido tenía cinco años y estaba durmiendo con la más joven de sus cinco hermanas, llamada Bertele, que entonces tenía ocho años y medio. Los dos niños conversaban antes de ir a dormir, y la pequeña Bertele dijo a su hermano: «¿Sabes lo que dijo mamá esta noche en la mesa? Dijo que Cristo era el hijo de Dios, al igual que todos nosotros podemos llamarnos hijos de Dios. Pero él era un hombre común y

corriente, como todos nosotros». Luego Bertele contaba, para mi admiración: «mi joven hermano saltó de su cama, levantó su pequeña mano y dijo solemnemente: Y yo, yo te juro que Cristo es Dios».

Nosotros, católicos romanos, sabemos que hay algo sobrenatural llamado gracia. Pero me pregunto cómo nuestros sociólogos modernos, los que tratan de explicar la conducta humana y las respuestas humanas mediante condicionamientos, interpretarían la misteriosa conotación de la fe de mi esposo en medio de un ambiente completamente liberal. En esta época, todavía no había sido bautizado.

En la villa de los Hildebrand, tan rica en obras maestras de arte, había una reproducción de la magnífica cabeza de Cristo de Donatello. El pequeño Dietrich, de seis años de edad, se paraba frente a esta estatua y hacía una adoración silenciosa. Algunas veces su madre abría la puerta y descubría al niño rezando. Con amorosa discreción, ella cerraba la puerta, respetando lo que en el alma de su hijo estaba sucediendo.

El primer libro que leyó mi esposo era una historia bíblica escrita para niños. Su autor era un sacerdote católico y había sido llevada a la casa porque contenía láminas que los niños podían colorear.

No hay palabras para describir el encantamiento de este pequeño niño al descubrir el mundo de lo sobrenatural. Hechizado, releyó el libro siete veces sin parar. Ya a esa edad, estaba particularmente conmovido por la historia del mártir San Esteban, que luego jugó un importante papel en sus escritos éticos.

A los siete años fue bautizado por un ministro protestante en Florencia. Contrariamente al hecho de que no tenía ningún conocimiento formal religioso, tomó este suceso como algo muy serio y se dolía de los comentarios irónicos que su hermana mayor hacía sobre esto.

A los catorce años de edad, tuvo una discusión con la misma hermana acerca de la objetividad de los valores morales. Ella argumentaba a favor de un relativismo radical, insistiendo en que todos estamos «condicionados sociológicamente». El joven muchacho se resistía vigorosamente al punto de vista de su hermana, y refutaba su posición, mostrándole que el hombre puede trascender la cultura; le señalaba las contradicciones inevitables que contiene el relati-

vismo, y sin saberlo usaba los argumentos clásicos de PLATON en contra de esta posición.

Bertele quedó asombrada ante la seguridad de su pequeño hermano y, apenas volvió a casa, fue a quejarse a su padre: «Imagínate, decía, que Dietrich se niega a ver la relatividad de los valores morales». A lo que su padre respondió: «No olvides que solamente tiene catorce años». «Querido padre, contestó el chico, si no tienes ningún argumento mejor que ofrecer en contra de mi posición que mi edad, tu propia posición debe descansar sobre bases muy poco sólidas».

Tuvo otra discusión con Eva, la mayor de las von Hildebrand. Ella había alumbrado a su primer hijo cuando su hermano la visitó para felicitarla por el acontecimiento, ella le dijo que se maravillaba ante el hecho de que algunas personas se pudieran preocupar de si tienen o no un alma inmortal. Mi esposo, quien todavía no había leído a PASCAL, respondió: «Y yo te digo que uno debe estar fuera de sí, si no se preocupa de tan importante cuestión».

Fue en esta época cuando escuchó por primera vez «La Pasión» de Bach según San Mateo. Esta obra provocó en él una impresión que mantuvo por mucho tiempo y que revivió su interés religioso abandonado algunos meses atrás a causa de la vida llevada en casa de Adolf von Hildebrand, muy rica, muy interesante, muy variada, donde los visitantes que llegaban cautivaban al joven Dietrich, y que, así fascinado por la vida y la belleza, no tenía tiempo de profundizar en sus convicciones religiosas.

Gracias a Max Scheler, quien enseñaba en la Universidad de Munich y a quien mi esposo conoció en 1907, tuvo conocimiento de los santos católicos. Scheler había sido criado como un judío, pero se convirtió al Catolicismo a los catorce años. Desafortunadamente, fue luego excomulgado por haberse casado con una mujer divorciada. Scheler hablaría a mi esposo sobre el milagro de que haya santos católicos y añadiría algo nostálgicamente: «De verdad, soy un pecador, pero la Iglesia Católica Romana es la verdadera Iglesia».

El acercamiento de mi esposo a la Iglesia fue a través de los santos; por medio de ellos vislumbró la belleza infinita de Cristo, y, por la gracia de Dios, reconoció en la Iglesia a la Santa Esposa de Cristo.

Su conversión a la Iglesia Católica, en abril de 1914, fue el

suceso crucial de su vida. No hay palabras para describir «el increíble gozo», la desbordante alegría que experimentó cuando se le permitió decir el «abjura», y cuando recibió su primera comunión. Estaba pleno, y muchos de sus amigos diagnosticaron esto como el estado «típico de los jóvenes conversos». Pronto, aseguraban, «se calmará y será un poco más razonable». Pero se equivocaron: hasta el último día de su vida, el ardor de mi esposo, su fervor y su amor por la Iglesia Católica Romana permanecieron intactos.

Nunca perdió la conciencia de que pertenecer a la Iglesia Católica es un inmenso privilegio presente por gratitud infinita; y gratitud fue la actitud característica en la vida de mi esposo.

Desde su juventud hasta que Dios le llamó, mantuvo el interés en su gran tema: *la verdad*. Por esto puede ser perfectamente llamado «un caballero para la verdad».

Pero no es suficiente saber la verdad. Un filósofo católico (y para el caso, cualquier católico) debe vivirla e incorporarla a su vida. Sin embargo, la verdad no es amada por «el mundo», y la vida de mi esposo se convirtió en una lucha contra el espíritu de la vida y del compromiso que es típico del «mundo» en su sentido bíblico.

Catolicismo significa universalidad, y uno de los puntos básicos mantenidos por mi esposo era que cualquier católico digno de llamarse así debería, en todos sus momentos cruciales, sentirse más cerca de cualquier otro católico —sin importar su nacionalidad— que de un compatriota de otra religión.

Durante la primera guerra mundial, mi esposo conoció a Wilhelm Friederich Foerster, el gran pedagogo y enemigo férreo del militarismo y nacionalismo alemán. A través de Foerster, quien enseñaba en la Universidad de Munich, mi esposo fue convenciéndose cada vez más de que el espíritu nacionalista y militar que había dominado a Prusia estaba invadiendo a toda Alemania, particularmente a los círculos intelectuales. Esto constituía una amenaza religiosa y por tanto tenía que ser denunciada y rechazada.

Por este tiempo mi esposo preparaba en Alemania lo que se llama *Habilitación*, es decir, una tesis hecha después de que se ha recibido el doctorado en filosofía y con la que se adquiere el derecho a enseñar en la Universidad. Foerster se había convertido en persona poco grata, debido a su clara postura antinacionalista, y el profesor que dirigía a mi esposo informó a éste que si se ponía a

favor de Foerster arriesgaría la oportunidad de recibir su Habilitación. Mi esposo dio su palabra de que se mantendría alejado de la política y que controlaría sus sentimientos. Pero, en ese preciso momento, Foerster, quien con permiso había estado un año en Suiza, anunció su intención de reasumir su cargo en la Universidad de Munich. Inmediatamente, un grupo de estudiantes nacionalistas organizaron una demostración con el fin de impedir a Foerster sus clases. Disgustado por el plan de los estudiantes (plan que por supuesto había sido secundado por profesores), mi esposo decidió asistir a su primera clase. No se necesitaba ser profeta para prever lo que iba a suceder. Gritos e insultos recibieron a Foerster. «Abajo el traidor» era la frase que más se oía, y las voces de los estudiantes resonaban por toda la Universidad.

Esto fue demasiado para mi esposo. Con toda las fuerzas de sus pulmones gritó: «Viva Foerster». Para bien o para mal, una multitud anónima se adhirió al persuasivo bando: Era tal la fuerza moral de mi esposo que muchos estudiantes impresionados por su valentía y seguridad cambiaron, de tal manera que aquellos que antes gritaban «Abajo Foerster», ahora, con igual fuerza gritaban: «Viva Foerster».

Mi esposo enderezó el día a Foerster, y la demostración terminó con el triunfo de los enemigos del nacionalismo alemán.

El director de mi esposo se lamentaba de la conducta de este joven rebelde que ciertamente pasaba por encima de las más elementales reglas de «prudencia mundana» que enseñan que en todo momento y en toda situación se deben *cuidar las propias conveniencias y los propios intereses*.

Mi esposo recibió su Habilitación, pero poco después corría el riesgo de ser expulsado de la Universidad de Munich.

Alrededor de 1921, cuando fue invitado a un congreso en París, se le preguntó si estaba dispuesto a reconocer que Alemania era la responsable de la primera guerra mundial. Respondió que aunque no tendría dificultad alguna en admitir este hecho, si la historia lo probaba, sus conocimientos eran muy limitados para sostener tal posición. «Yo necesitaría, dijo, tener acceso a los documentos secretos de todos los países que han tomado parte en ella». Luego, se le preguntó: «¿Qué piensa usted de la invasión de Bélgica en 1919?», a lo que sin dudar un momento contestó: «Fue un crimen atroz».

Para poder entender la posición de mi esposo se debe saber que el tratado entre Bélgica y Alemania, garantizando la neutralidad de la última, había sido firmado en el nombre de la Santísima Trinidad.

A la mañana siguiente, en todos los periódicos de Alemania, se relató este hecho (poniéndolo fuera del contexto, como suele hacerlo la prensa), de manera que cuando regresó a Munich fue recibido francamente mal. Los profesores de la Universidad de Munich querían expulsarlo por traidor y juraban arruinar su carrera. Ellos mantuvieron en pie sus palabras. Mi esposo permaneció firme y defendió su posición: un país que no dudaba en quebrantar su palabra por conveniencias era culpable de crimen. Pero el creciente partido Nazi, desde este momento, consideró a mi esposo como a una persona que por su peligroso carácter debía ser vigilado de cerca.

Dos años después, en 1923, cuando Hitler lanzó su primer golpe en Munich, mi esposo tuvo el gran honor de ser condenado a muerte. Esta fue la primera vez; y no sería la última. Tuvo que volar a Wurttemberg para salvar su vida. El golpe fracasó pronto, y pudo entonces regresar, deseando que el Nacismo fuese ya algo del pasado, y más convencido que nunca del carácter antihumano y antirreligioso de este diabólico movimiento.

Sin embargo, sus deseos no se cumplieron. Diez años más tarde ingeniosamente Hitler llegó a ser el Reichkanzler. Al poco tiempo los Nazis incendiaron el edificio imperial y culparon a los comunistas. Muy pronto mi esposo detectó la mentira, y dándose cuenta de que los Nazis reclamarían todo tipo de poderes para controlar este «atentado nacional», decidió salir del país que caía en manos de asesinos. Dejó la mansión de 27 habitaciones que había heredado de su padre, su puesto en la Universidad de Munich y con 50 marcos en su bolsillo, marchó a Florencia. Pasó seis meses en su lugar de nacimiento, en la casa de su hermana, y escribió su primer trabajo epistemológico: *Der Sinn Philosophischen Fragens und Erkennes*.

Sin embargo, apenas tuvo noticias de que Dollfuss, el canciller de Austria, estaba adelantando una verdadera lucha en contra del Nacismo, decidió ir a Viena y ofrecer sus servicios intelectuales al Canciller. Su plan era fundar una revista anti-nacista, para así tratar de abrirle los ojos a la gente respecto del peligro que para la Iglesia y para Europa significaba el Nacismo. El Canciller recibió la idea con entusiasmo, y en el otoño de 1933 mi esposo se trasladó a Viena.

Además, Dollfuss prometió a mi esposo una beca como profesor de dedicación completa en la Universidad. Excepto sus dos trabajos éticos, mi esposo ya había publicado sus libros *Sobre el matrimonio*, *En defensa de la pureza*, *Metafísica de la comunidad*, *Liturgia y personalidad*, *Actitudes morales fundamentales* y *Cuestiones temporales a la luz de la eternidad*.

Amigos de mi esposo se oponían a que tomara parte activa en la lucha contra el Nacismo. «Tu misión es de tipo intelectual», le decían. «No te envuelvas en luchas políticas. Retírate a Sicilia, y escribe tu ética. Envolverte en esto te traerá sólo miserias».

Mi esposo se impresionó ante tan bien intencionados consejos. ¿Cómo puede un devoto de la verdad, simultáneamente guardar silencio cuando sangre inocente se está derramando en Alemania? Un filósofo orgulloso de este nombre debe oponerse a esta infamia, con palabras y con hechos, sin importarle las consecuencias.

Verdaderamente vivió las famosas palabras de Kierkegaard:

«Cada escritor creyente, u orador o maestro que se ausenta del peligro y no está presente donde éste está, y donde el mal está causando estragos es un desertor» (Punto de vista, p. 59).

Con la ayuda del Canciller Dollfuss mi esposo fundó una revista anti-nazi con el nombre de el *Christliche Staendestaat* (*El estado corporativo cristiano*). Desde diciembre de 1933 hasta el *Anschluss* en el 11 de marzo de 1938, la revista fue publicada. Mi esposo escribió unos 80 artículos, denunciando las filosofías tanto Nacista como Comunista y mostrando la incompatibilidad radical existente entre ellas y el Catolicismo Romano. Hitler fue siempre llamado «asesino».

Documentos secretos de la Gestapo recientemente publicados y de los que poseo fotocopia, indican que el Nacismo consideró al *Christliche Staendestat* como uno de los mayores obstáculos para su propaganda en Austria.

Al poco tiempo de la fundación de la *Christliche Staendestaat*, mi esposo fue llamado por un jefe de policía, simpático y amigable señor, parecido a Sherlock Holmes, quien advirtió que espías secretos nazi habían recibido órdenes desde Berlín para asesinarlo. La cabeza del servicio secreto austriaco le dio algunas advertencias sobre cómo podría tratar él de defenderse. Pero mi esposo no puso atención a estas prudentes recomendaciones, y continuó, *oportune et*

inoportune, luchando por lo que él rectamente consideró una manifestación de el Anti-Cristo.

El 24 (25?) de julio Dollfuss fue asesinado por los nasis. Este terrible crimen político tuvo profundas repercusiones en Europa y en la vida de mi esposo. El sentía una gran admiración y devoción por Dollfuss, quien, mejor que cualquier otro hombre de estado, había entendido el carácter anticristiano del sistema nazi. Había financiado la revista de mi esposo y le había dado a ésta un completo apoyo. Kur Schuschnigg, quien le sucedió, no fue de ninguna manera tan claro y tan explícito en su oposición al Nazismo, como su predecesor. Trabaja con la ilusión de un posible pacto con los nasis, quienes, después de todo, eran «Nuestros hermanos alemanes», como él decía. Favorecía una política de «reconciliación» y otra de «compromiso». Hitler lo premió colocándolo en un campo de concentración cuando invadió Austria en marzo de 1938.

La actitud política de Schuschnigg tuvo serias consecuencias para la lucha política, y religiosa de mi marido. Ante todo, el nuevo canciller cortó económicamente los fondos que habían sido prometidos a la revista política y religiosa de mi esposo.

Desde este momento tuvo que luchar desesperadamente para mantener *Der Christliche Staendestaat* vivo. La cantidad de tiempo y esfuerzo que le tomó podría haber sido dedicado más significativamente a escritos filosóficos.

Schuschnigg también rompió con la segunda promesa que Dollfuss había hecho a mi esposo: a saber, darle una beca de dedicación completa como profesor de la Universidad de Viena. Teniendo la oposición política de los profesores pro-nasis, Schuschnigg, una vez más, practicó su política de compromiso: dio la beca, prometida a mi esposo, a otro profesor, y dio a mi esposo una secundaria, que tenía la peculiaridad de ser tan mal pagada que él, quien todo lo había perdido, no podía vivir de su sueldo.

A pesar de este vergonzoso compromiso, la oposición a las clases de mi esposo fueron tan fuertes que el día que fue a dar su primera lección, los profesores nasis organizaron una violenta demostración para intimidarlo e impedirle las clases.

Al subir por las escaleras de la Universidad se encontró con una joven que iba bajando y que le dijo: «Seguramente usted se dirige a la conferencia de Von Hildebrand; no hay manera: el aula magna está totalmente llena».

Sorprendido por esta advertencia, mi esposo, en vez de ir inmediatamente al salón de conferencias, fue a su oficina, y se encontró con el Decano, quien estaba pálido como la cera. «Querido colega, siento informarle que usted no podrá dar su conferencia. Los estudiantes han organizado una violenta demostración; y un derramamiento de sangre debe ser evitado a toda costa».

«Lo siento, replicó mi esposo, pero debo hacerlo y *daré la conferencia*». Si consiento técnicas de intimidación, los nací, viendo que han tenido éxito, me estarán siempre impidiendo enseñar». «Insisto en que el Ministro de Educación sea llamado».

Este estaba perturbado por las noticias, pero se puso al lado de mi esposo, y con la protección de 48 policías completamente armados fue mi esposo escoltado a otra aula, donde solamente podían pasar estudiantes de filosofía y aquellos que hubiesen recibido invitación.

Por supuesto, hasta que todos estos preparativos fueron conocidos, había pasado tiempo, pero cuando finalmente mi esposo entró al salón de conferencias, recibió una gran ovación y pacíficamente desarrolló la conferencia sobre un tema metafísico. El nunca discutiría cuestiones políticas en la Universidad.

Tiempo después fue informado de que muchos profesores pro-nacis, rabiosos por no haber tenido completo éxito en su intento de estropear la conferencia de mi esposo, organizaron una demostración entre los estudiantes de varias facultades, particularmente de Derecho y de Medicina. Armados con palos estuvieron planeando tumbar a mi esposo y darle una lección. Sin embargo el resultado final fue una completa victoria para mi esposo. El hecho fue tan notorio que lo relataron en todas las emisoras austriacas de radio.

El 12 de febrero de 1938, Hitler y Schuschnigg tuvieron su famoso encuentro en Berchtesgaden, en los Alpes Bávicos. Una de las condiciones que Hitler sentó para la no invasión de Austria fue que las actividades políticas de Dietrich von Hildebrand fueran restringidas.

Exactamente un mes más tarde, el 2 de marzo de 1938, Hitler invadió Austria, y mi esposo tuvo, una vez más, que huir para salvar su vida. Tomó el último tren para Checoslovaquia, y se le permitió cruzar la frontera gracias a su pasaporte suizo, un precioso regalo recibido de su abuelo paterno, quien tuvo que huir a Alemania 85

años antes. El llegó a ser un ciudadano suizo honorario, y sus hijos tomaron la nacionalidad suiza.

Mi esposo salió de Viena con un pequeño maletín, todo lo demás tuvo que dejarlo. A las dos en punto de esa misma noche tres oficiales de la Gestapo vinieron a arrestarlo a su apartamento. Había una gran chimenea en su sala de estar donde uno podía fácilmente esconderse. Estaban los nasis tan bien informados sobre la disposición del lugar, que éste fue el primer sitio donde buscaron. Esto lo relató la chica del servicio.

Desde entonces mi esposo tuvo que llevar vida de refugiado por muchos años. Primero llegó a Suiza vía Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia e Italia y permaneció allí hasta septiembre de 1939, apoyado por la caridad de amigos y católicos suizos. En septiembre de 1939 fue nombrado profesor en la Universidad Católica de Toulouse, y recibió el impresionante salario de \$ 300 por año.

En mayo de 1940 los nasis invadieron Francia entrando por Bélgica, y rápidamente la nación francesa, completamente cubierta por las fuerzas militares superiores alemanas, tuvo que firmar un vergonzoso pacto, aceptando obtener la extradición, en la zona ocupada de Francia, de cualquier persona buscada por la Gestapo. Para garantizar que este procedimiento sería llevado a cabo, ninguna visa de salida dada por Francia sería aprobada por las autoridades alemanas. Todos los documentos serían enviados a Wisbaden, en Alemania, para revisarlos, y tendrían que ser validados antes de ser usados. Mi esposo se vio atrapado y forzado a ocultarse. Estuvo como en una ratonera y sin un centavo.

Una vez me comenté que a pesar de todas las agonías por las que pasó durante el fatal verano de 1940, se mantuvo dando gracias a Dios por esta prueba, ya que esto le hizo experimentar la grandeza del amor providencial de Dios, y la dulzura de la verdadera caridad cristiana. Después de increíbles aventuras, se salvó por la heroica devoción de un gran cristiano, tendero de ventas al por mayor, amigo de Yves Simon, quien se las arregló para dar a mi esposo falsa documentación y le permitió salir del territorio francés con su familia a los comienzos del mes de septiembre de 1940.

Por unos 100 días soportó agotadoras experiencias, pero como siempre, sintió la abrumadora realidad de la Divina Providencia. ¡Con cuánta frecuencia, cuando no sabía dónde ir, o cómo conseguir dinero para comida, el Señor le envió ayuda y alivio!

Después de un largo y prolongado viaje por España, Portugal y Brasil, pudo al fin alcanzar los Estados Unidos, el 23 de diciembre de 1940.

Fue ayudado, cuando llegó a Portugal, por la fundación Rockefeller, que había organizado una acción de caridad para 100 profesores amenazados por los nasis. Todos ellos eran judíos, menos mi esposo y un buen amigo suyo. Jacques Maritain había puesto los nombres de ellos en la lista de personas cuya vida estaba en peligro.

La parte más dramática de la vida de mi esposo ya había pasado. Cifraba los 50 años, lo había perdido todo, pero era libre. Los primeros años en los Estados Unidos fueron difíciles para casi todos los refugiados: muchos de ellos tenían aún en Europa lo que más querían, y cuyo destino les preocupaba constantemente. Comenzar sin nada, de nuevo, es una difícil prueba. Pero mi esposo había recibido del Señor la gracia del desprendimiento: él, que había poseído una magnífica casa, y preciadas obras de arte, nunca padeció por lo perdido. Aunque amaba la belleza, nunca puso su corazón en las posesiones de la tierra.

Ahora que no tenía que desempeñar más cargos políticos, volvió al trabajo filosófico con renovado ardor, y la mayoría de sus grandes contribuciones filosóficas fueron escritas en los Estados Unidos.

Pero en la estela del Vaticano II comenzó a preocuparse por ciertas evoluciones que tuvieron lugar dentro de la Iglesia. Desde el mismo comienzo de su existencia, la Iglesia había sido atacada desde fuera. Ahora mi esposo temía que los ataques viniesen de dentro. Interrumpiendo su inmenso libro sobre el amor, tomó la pluma para defender la ortodoxia y la tradición, y escribió sucesivamente *El caballo de Troya en la Ciudad de Dios, Humanae Vitae: un signo de contradicción, Celibato o la crisis de fe* y la *Devastada Viña*.

Solía decirme: «Amo a la Iglesia como a una novia». «Si yo tuviera que dar testimonio de lo que ahora le sucede, sería ésta para mí la más pesada cruz que podría haber imaginado».

Lo que sufrió en sus pasados años de vida no puede ser dicho con palabras. El, que irradiaba luz y alegría, frecuentemente suspiraba cuando leía artículos publicados por obispos heréticos, y anunciaban las presiones liberales.

Todavía, lejos de paralizarlo, la muy trágica situación religiosa le dio nuevas fuerzas. Aunque había tenido un ataque al corazón,

continuó trabajando y dando conferencias por todos los Estados Unidos y en el extranjero. En total, 17 países y cuatro idiomas diferentes.

En enero de 1970, BERTRAND RUSSELL murió, y fue glorificado por la prensa por haber escrito su *Principia Mathematica* en unos pocos meses. Luego tuvimos una conferencia en California y volvimos a Nueva Rochela en los comienzos de febrero. A petición mía, mi esposo comenzó a escribir su *Estética*. Para fines de mayo, cuando salimos para Europa, había completado el primer volumen, que llegaba a las 500 páginas. Yo calculaba que a la edad de 80 años era más productivo que RUSSELL, quien escribió su famoso libro sin haber llegado aún a los 30. Su gran libro sobre el Amor, que había interrumpido para escribir *El caballo de Troya*, fue finalmente publicado en 1971. Aún luego escribió el segundo volumen de su *Estética*, que todavía no ha sido publicado; un enorme trabajo llamado *Moralía* (el sexto volumen de su *Ética*), pequeña meditación sobre la muerte, y un libro sobre la *Gratitud*. Unas sesenta horas antes de su muerte, estaba dando los toques finales a su trabajo sobre *Ética*, pero como estaba muy débil para escribir, me dictaba.

Los últimos años de su vida fueron para mi esposo un duelo con la muerte. Estaba su corazón tan mal, que ya en 1971 un doctor me dijo que no podía explicarse cómo estaba aún vivo. Su indomable espíritu forzaba a su cuerpo a continuar. Estuvo hospitalizado nueve veces, y ocho salió victorioso del hospital. Apenas volvía a casa iba directo a su escritorio.

Desde septiembre de 1976 supo que su final estaba cerca. Fue hospitalizado una vez más y colocado en cuidados intensivos, donde sufrió un paro cardíaco; sin embargo, tres días más tarde cantaba canciones italianas a un trabajador italiano que estaba en la cama de al lado en esta sala especial. Quería animarlo, ya que el hombre estaba muy deprimido. Otro paciente me llamó a su lado y me preguntó qué hacía mi esposo en cuidados intensivos: «él se mantiene cantando», me dijo, «no puede estar muy enfermo».

Pude llevarlo a casa el 14 de octubre, y trabajó febrilmente en su *Moralía*. Su fuerza iba aminorando, pero su mente conservaba toda su brillantez y claridad.

Fue hospitalizado de nuevo el 1 de enero de 1977. Pocos días después su presión sanguínea quedó bajo 40 y perdió la conciencia. Temiendo que ya su muerte estaba cerca llamé a su lado al Padre

Bradley y a algunos de nuestros más allegados amigos. Cuando mi esposo recobró la conciencia pidió que rezáramos el *Te Deum* para agradecer al Señor todas las gracias que había recibido en el curso de su vida. Aún trató de cantar una línea del *Te Deum* de Bruckner, pero le faltó la voz.

Sesenta horas antes de su muerte, estaba todavía dictándome las últimas líneas de su *Moralia*, aunque su debilidad era tal que cada palabra le costaba un esfuerzo.

Mientras Dios le llamaba hacia El, yo pensaba que era recibido con las palabras: «Auge, serve bone et fidelis, intra in gadium Domini tui» (Siervo bueno y fiel, entra en la alegría de tu Señor).

En un mundo donde muchos pensadores buscan el éxito personal y juegan con los errores de moda para estar a la vista del público, mi esposo se mantuvo como un SÓCRATES cristiano. Había puesto su vida al servicio de la verdad, y nunca, absolutamente nunca, accedió a la tentación de traicionar ni un ápice la verdad para promover su reputación o su ventaja personal.

Así como tuvo en común con PLATÓN la pasión por la verdad, como cristiano supo que Cristo es la Verdad, y siempre consideró su trabajo como una tarea religiosa.

Estaba convencido de que los catastróficos errores de hoy en día que son difundidos por teólogos famosos pueden frecuentemente ser localizados en desastrosas filosofías, sean éstas relativismo, subjetivismo, idealismo, empirismo, o algunos otros *ismos*.

Lo recuerdo diciéndome: «Si hay algo en mis escritos que sea incompatible con la Verdad, y con las enseñanzas de la Santa Iglesia Católica, esto debe ser quitado».

Hay pocos hombres así. Como SÓCRATES, quiso obedecer, antes que a los hombre, a Dios. Como él, supo que cumplía una misión de servicio a Dios, y como él, pudo haber dicho:

«No encontrareis fácilmente otro que ocupe mi lugar» (*Apolo-gía*, n.º 31).

(Trad. de JUAN CRUZ CRUZ)